

**Martirologio Romano:** Conmemoración de san Valerio o Valero, obispo de Zaragoza, en la Hispania Tarraconense (hoy España), que tomó parte en el primer Concilio de Illiberis y, conducido a Valencia junto con san Vicente, murió en el destierro (305/315).

### Aproximación a su persona y a su época



San Valero, fue elegido obispo de Zaragoza, en el año 290, y dedicó su vida a predicar la fe cristiana y evangelizar a sus fieles. Había nacido en Zaragoza y murió desterrado en Anet (Eure y Loira), el año 315. Su biógrafo, el poeta cristiano-romano Prudencio, nos cuenta que pertenecía a la familia consular de los Valerios.

Alcanzó una larga longevidad. Hubo de resistir durante su episcopado, la persecución de Diocleciano y Maximiano. Pero digno heredero de la tradición de fortaleza de los cristianos, sabiendo, como los mártires que le habían precedido, que estaba arriesgando su vida, no dejó nunca de predicar y de reconfortar a los perseguidos. Es el santo patrón de la ciudad y de la diócesis de Zaragoza.

De su vida se nos han transmitido pocos datos, lo que no es extraño, teniendo en cuenta que estamos en los inicios del siglo IV. Los últimos años de su episcopado no podía cumplir con el cargo de la predicación, por un problema en la lengua, por lo que fue llamado «el tartamudo». Pero encontró un magnífico ayudante en el diácono Vicente, que fue traído por sus padres desde Huesca, para que lo educara. Valero y Vicente fueron llevados prisioneros a Valencia para ser juzgados por un tribunal. Vicente halló el martirio y Valero fue desterrado a Enate, pueblo cercano a Barbastro. Como San Valero por su problema de locución, no se pronunció ante el tribunal valenciano, tomó Vicente la palabra y dirigió su atención principal hacia él, y pagó con la vida su discurso, siendo San Valero desterrado.

Murió lleno de años y méritos. Su cuerpo fue sepultado cerca de Anet, en el castillo de Strada, de donde fue trasladado a Roda de Isábena en 1065 y de allí, a Zaragoza en 1170 por orden del rey Alfonso II de Aragón.

Sabemos que estuvo presente en el primer Concilio español del que existe noticia: el de Elvira [Illiberis], en Granada. Prudencio, en su *Peristéphanon* nos dice que Vicente, natural de Huesca y martirizado en Valencia era su diácono. Hubo más de un obispo cesaraugustano con el nombre de Valero, en la Edad Antigua. Y no hay duda -por las Actas del Concilio de Elvira- acerca de que era un Valero quien gobernaba la diócesis cesaraugustana a comienzos del siglo IV.

(cfr. *Catholic.net. Jesús Martí B.*)

### ACTUALIDAD DE SU TESTIMONIO

El mensaje que hoy nos ofrece San Valero a sus hijos y fieles es el valor de la fe. El hombre de hoy, envuelto en tantas ideologías y embarcado en multitud de quehaceres, está olvidando lo fundamental: cuidar el valor de la fe. Los tiempos recios en que vivimos reclaman amigos fuertes de Dios (Santa Teresa de Jesús) y piden una fe especialmente viva, que implique no sólo a la inteligencia y a la voluntad, sino también al corazón y al comportamiento moral. Si la experiencia de la fe no se aviva, la fe languidece y se convierte en una especie de ideología o en un voluntarismo extenuante.

¿Qué valor real y práctico damos a la fe y a la presencia de Dios en nuestra vida? ¿Cuánto tiempo dedicamos a conocer a Dios? ¿Tenemos en cuenta su Palabra para programar nuestra vida? En la vida real de la mayoría de nues-

tras gentes la importancia efectiva de Dios es escasa. Muchos no dedican ratos a Dios, a oír y obedecer su Palabra. Viven de espaldas a Dios. El tiempo y la vida se nos van en otras cosas, estudios, trabajos, diversiones, proyectos, aspiraciones.

La verdad es que necesitamos creer en Dios para vivir de acuerdo con nuestro ser, para vivir en la verdad y alcanzar la salvación. La salvación de nuestra vida nos viene de la gracia de Dios acogida con fe, en humildad, obediencia y gratitud. Si somos fieles a nuestra conciencia, a los signos de los tiempos, datos de la historia y de la razón, tenemos que llegar a creer en Dios. Sólo a partir de la fe en Dios podremos vivir en la verdad, que nos hace libres (cfr. Jn 8, 32) y dar sentido trascendente a nuestra vida. Cuando no se tienen razones para la trascendencia y para morir, tampoco se tienen razones para vivir.

(De la Carta de Mons. Vicente Jiménez, a sus diocesanos, 29/1/2017).